

La era menos inocente de NUEVA YORK



Este año se cumple un siglo desde que se publicó *La edad de la inocencia*, novela de Edith Wharton que le valió el primer Pulitzer a una mujer, que más tarde se convirtió en una ya clásica película de Martin Scorsese, y que expuso los rituales sociales de la clase alta neoyorquina de fines del siglo XIX.

¿Qué queda de esa ciudad que retrató hoy? POR Muriel Alarcón L., DESDE ESTADOS UNIDOS.

Era la noche del 3 de marzo y la joyería Catbird, en Lower Manhattan, daba inicio a un exclusivo club de lectura. Estaba dedicado a la novela *La edad de la inocencia*, que le valió a su autora, la escritora norteamericana Edith Wharton, un Pulitzer en 1921 (el primero entregado a una mujer). Considerado un retrato realista de la clase alta neoyorquina de fines de siglo XIX, tiene como protagonista al abogado *Newland Archer*, quien se compromete por conveniencia con una socialité —se supone, la mujer correcta—, aunque ama en secreto a una mujer prohibida, recién divorciada y a la que su círculo social ve como una amenaza.

Los asientos para aquella noche de invierno habían sido sorteados entre quienes quisieran ser parte de una conversación con Sarah Blackwood, profesora asociada de inglés en la Universidad Pace, en Nueva York, y autora de la introducción de la reciente versión del libro publicada por Penguin Classics, la oficial para aquel encuentro. El club de lectura era una manera de arrancar con las celebraciones a propósito de los 100 años que este 2020 cumple el libro.

El diminuto local, que exhibía sus diseños simples de oro reciclado y pequeños diamantes, estaba tan delicadamente iluminado por Sarah Blackwood dice que al ingresar se sintió como dentro de la novela.

“Wharton es muy buena describiendo al tipo de personas que se mueven en el frío, por la oscuridad del invierno, recorriendo en soledad las aceras de Nueva York hasta entrar a una especie de atmósfera social brillantemente iluminada”, dice la escritora.

La pandemia era todavía una posibilidad remota. Nueva York no se convertía en el epicentro mundial de la crisis sanitaria con cerca de 800 muertes diarias, ni Central Park era escenario de un hospital de campaña transitorio para descomprimir salas de urgencia colapsadas, ni Broadway era recorrido raudamente por ambulancias haciendo chillar sus sirenas a toda hora.

“Hoy miro en retrospectiva y me digo: ¡Oh, Dios mío, qué ingenua!”.

Porque aquella noche la pandemia no les impidió hacer un círculo íntimo y debatir sobre lo que convocaba a los cerca de 30 asistentes: la representación que Wharton hacía de la mujer, del amor, de la pareja, de la sociedad, de Nueva York.

Era uno de los primeros eventos programados en la agenda de Blackwood para celebrar el centenario. Y aunque fue el último presencial, las charlas, paneles y homenajes se empezaron a anunciar y a multiplicar en internet con las semanas.

“Hay muchas maneras en las que vamos a marcar el centenario y hay mucho por planear aún”, dice Jennifer Haytock, profesora de inglés en



WEST 28TH. Esta calle está entre los escenarios por donde se mueven los personajes del libro de Edith Wharton. Claro que, a más de un siglo de distancia, su estilo es algo diferente: ahora mezcla el aire histórico y lo moderno.

SUNY Brockport y vicepresidenta de la Sociedad Internacional Edith Wharton, fundada en los ochenta para revalorar el legado de la autora.

Este año, estudiosos de la obra de Wharton del mundo entero volarían a Nueva York para participar de decenas de mesas redondas organizadas por la sociedad, para hablar de lo que esta autora logró en su vida, pero también de lo que alcanzó con su obra. A principios del siglo pasado, Wharton se convirtió en una de las mejores escritoras de Estados Unidos, en un momento —y en una clase— en la que la máxima aspiración de una mujer era conseguir un matrimonio adecuado.

Pero ninguna de las mesas redondas se canceló y hoy están detalladas en la web bajo el título *La Nueva York (virtual) de Edith Wharton*.

Jennifer Haytock dice que el plan original era quedarse en el lujoso hotel The New Yorker, un ícono Art Déco del Midtown, construido en la época de Wharton. Desde ahí iniciarían recorridos a pie por la ciudad, para experimentar el contraste entre la Nueva York que la autora retratará un siglo atrás y la actual.

“Pero la Nueva York de Wharton no es la Nueva York de todos”, dice Margaret Toth, profesora de inglés en Manhattan College y también miembro de la sociedad. “Cuando enseño la novela, siempre me es productivo discutir cuántas poblaciones permanecen invisibles en la novela: no solo las personas de color, sino también hay de la clase trabajadora”.



BROWNSTONES. Las construcciones de este estilo eran prácticamente la norma en los barrios que aborda la novela. Y siguen siendo un emblema de la ciudad.

La Nueva York de Wharton no es ni una metrópoli cosmopolita ni diversa ni hiperconectada con el mundo. No se muestra como lo que es hoy, una “ciudad santuario” en la era antimigratoria de Trump, con sus universidades rechazando toda amenaza de deportación a sus estudiantes extranjeros y con cientos de protestantes que a diario la marchan a pie y en bicicleta, repudiando la muerte de George Floyd al mismo tiempo que gritan “¡Sin justicia, no habrá paz!”, bajo la consigna “Las vidas negras importan” (la misma que, por si el presidente lo olvidó, ha sido pintada varias veces en letras amarillas gigantes en la Quinta Avenida, frente a la Torre Trump, después de que en dis-

tintos momentos peatones le tiraran pintura y los autos que pasaban, esparcieran la mancha).

Para Arielle Zibrak, profesora asociada de inglés en la Universidad de Wyoming, la Nueva York de Wharton es la Nueva York en la que ella creció, “que era uno de los entornos más exclusivos y ella se entiende a sí misma como producto de ello”, dice. “Por eso *La edad de la inocencia* es tanto una celebración como una crítica de él”.

La Nueva York de Wharton es la ciudad de una élite de personas blancas, que se consideran embajadoras de los valores tradicionales de la ciudad. Algo así como una versión de *Gossip Girl* del siglo antepasado, en la que la pluma de

Wharton se adentra en las vidas privadas y donde “el mundo es un mapa de inclusiones y exclusiones que son necesarias para mantener su idea de estatus y riqueza”, dice Hildegard Hoeller, profesora de inglés de la City University of New York y estudiosa de Wharton “de toda la vida”, agrega.

Los personajes whartonianos viven en la Quinta Avenida y en los alrededores de Washington Square. Se mueven en carruajes —no existe el metro ni los taxis amarillos— y viven en *brownstones* que pueden abarcar hasta una cuadra, y no en rascacielos por los que apenas entra la luz del sol. Se casan con quienes pertenecen a su círculo en la iglesia Grace, obra del renacimiento gótico francés —hoy en pie—, y acuden a los *shows* de la Academia de Música, que existió en Irving Place con la 14. Son herederos de riquezas comerciales y bienes raíces, se rigen por estrictos códigos, modales y normas sociales, y viven preocupados por cultivar una estirpe, un modo de ser.

¿Si son “inocentes” de aquella opresión en la que viven? Lo más probable es que no, y es precisamente esa “ignorancia deliberada” la que convenció al neoyorquino Martin Scorsese a llevar la novela a la pantalla grande en 1993, en una versión con el mismo nombre ahora tan famosa como el libro.

“Lo que siempre se me ha quedado grabado en la cabeza es la brutalidad bajo los modales. La gente esconde lo que quiere decir bajo la superficie del lenguaje. En la subcultura en la que crecí, en Little Italy, cuando alguien era asesinado, había una finalidad”, dijo Scorsese al crítico Roger Ebert en una entrevista cuando contó por qué había querido filmarla. “Pero la sociedad de Nueva York en 1870 no tenía eso. Era todo tan a sangre fría. No sé cuál es preferible”.

Uno de los ramos que Francis Morrone dictará online este otoño en NYU se llamará Nueva York en La edad de la inocencia. Morrone es un premiado historiador arquitectónico y autoridad en Wharton. Responsable de más de una decena de libros, su *expertise* en la ciudad lo ha convertido en uno de los mejores guías del mundo, según la revista *Travel+Leisure*.

Morrone conoce con impresionante detalle la Nueva York en la que Wharton creció. Sabe que la autora vivió olas devastadoras de enfermedades infecciosas —mortales, como la del covid-19 hoy—, como la de fiebre tifoidea, en 1864 y 1865; la de cólera, en 1866, y la de difteria, en 1881. Y sabe que también vivió disturbios civiles —como los que provocaron el reciente estallido social neoyorquino—, porque ella ya había nacido cuando obreros blancos asaltaron su vecindario, en 1863, para negarse a luchar en la Guerra Civil estadounidense en curso. Cientos sufrieron heridas y muertos, sobre todo afroa-



QUINTA. Una de las avenidas más famosas del mundo, la 5th fue el corazón de la sociedad neoyorquina de fines del siglo XIX y comienzos del XX, y ahora es protagonista de las manifestaciones en la ciudad.



THE NEW YORKER. Un hotel paradigmático de la ciudad, levantado en la época en que vivió Edith Wharton, luego de una etapa bastante descuidada, ha sido completamente recuperado en su prestigio.



GRACE. Esta iglesia ha sido uno de los hitos en los circuitos que siguen la novela de Wharton.

mericanos, lo que añadió a los históricos desórdenes —tristemente famosos bajo el nombre de “Disturbios de Reclutamiento”— una connotación racial. “En otras palabras, había en el momento (de su novela) la expectativa de epidemias y disturbios civiles. Siento que en 2020 solo estamos volviendo a la forma histórica. La ‘inocencia’ del título de Wharton puede referirse a más de una cosa, pero a lo que seguramente se refiere es a la clase alta enclaustrada que hizo lo posible para darle la espalda a esta ‘ciudad rebelde’, pero fue, en el momento de la novela, encontrando eso cada vez más difícil de hacer”, dice Morrone.

En el pasado, Morrone condujo recorridos por la ciudad a aquellos lugares que salvaguardan el espíritu whartonian. Como la casa de nacimiento de Wharton —en la 23, a la altura de 14 West—. Aunque todavía está en pie, ahora es un Starbucks. O la calle West 28th, al oeste de Madison Square, donde el libro indica que *Archer* vivía junto a su madre y a su hermana —y aunque hoy hay ahí edificios comerciales, si uno las busca encontrará *brownstones* de la época—. Los recorridos de Morrone también incluían la antigua casa club de Century Association, a la que a *Archer* le gustaba ir, y que todavía existe en la 15, al este de Union Square, y el Club Nacional de Arte, donde Scorsese filmó la escena del salón de baile para su versión cinematográfica.

Morrone ha adaptado su trabajo a los tiempos pandémicos y en vez de recorridos a pie, estos días da charlas magistrales por Zoom, hablando de estos y otros temas del libro, con internautas que usan fondos ficticios de bibliotecas tan sofisticadas que uno se podría imaginar a un personaje whartonian hojeando un libro a sus espaldas.

“La Nueva York de Wharton es un lugar de artefactos, recolectados como momentos o recuerdos: la ópera que se realiza todos los años, el tipo de rosa que se posa sobre un manto en las casas, las pesadas cortinas que mantienen la mañana separada de la noche. Los personajes operan por un código que es igualmente preciso. Cada gesto significa algo”, dice Shari Goldberg, profesora de Literatura Estadounidense del Franklin & Marshall College.

“La novela trata sobre la posibilidad de salir de esta vida estrechamente controlada y de la posibilidad de mantener un secreto cuando las formas de comunicación están tan claramente señaladas y compartidas entre el grupo”, agrega. “Aunque los artefactos de los que escribe Wharton ya no existen, la pregunta planteada por la novela no se ha disipado: ¿Quieres escapar de ahí? Y si crees que lo has hecho en secreto, ¿quién ya lo sabe?”.

Para varios de los que estudian a Wharton es difícil asegurar con certeza si la Nueva York de *La edad de*



LOCACIÓN. The National Arts Club fue uno de los sitios elegidos por Martin Scorsese para recrear la época en su versión filmada del libro de Edith Wharton.



CLÁSICO. Martin Scorsese llevó la novela a la pantalla con Daniel Day-Lewis y Michelle Pfeiffer como protagonistas.



AUTORA. Edith Wharton se hizo especialmente conocida por esta novela, pero su trabajo fue pionero y altamente celebrado

la inocencia se esfumó por completo. Varios de los símbolos arquitectónicos de la era dorada neoyorquina, como el MET, la Grand Central Terminal y la industria de la ópera y del teatro, se levantaron cuando Wharton vivió aquí y hoy siguen siendo atractivos para los turistas que vienen, reflexiona Zibrak. “Pero los ricos de hoy no heredaron necesariamente su riqueza. Trabajaron por ella y continúan trabajando. A diferencia de esta ‘clase ociosa’ (graficada por Wharton) que, a pesar de que trabaja, no es así como gana su dinero”, agrega Haytock. Morrone piensa que algo de esa sociedad había en los ochenta, pero desapareció casi por completo con el aumento de la riqueza producto de la “economía financiarizada”.



ERA DORADA. Símbolos arquitectónicos que hoy definen a esta ciudad, como la Biblioteca Pública, fueron levantados cuando la escritora Edith Wharton vivió aquí.



WASHINGTON SQUARE. Ahora las distancias son de otro tipo en este parque típico que alguna vez marcó las diferencias y límites sociales en la hoy cosmopolita urbe.

En el libro *El manual oficial de muy buen gusto*, publicado en 1980, sus autores describían “de modo irónico, aunque sociológicamente muy agudo, a quienes podrían ser descendientes lineales de los personajes de Wharton”, dice Morrone, porque enfatizaban cómo esta clase administraba su riqueza a través de fideicomisos y propiedades. “Eran personas que siempre reparaban sus zapatos viejos en lugar de comprar zapatos nuevos. Ese mundo es ahora, en 2020, tan remoto como el mundo de *La edad de la inocencia*. Hoy no hay nada que distinga los gustos de una familia de Park Avenue con antiguas conexiones de Nueva York de los gustos de, por ejemplo, las estrellas de cine”, dice. Por eso, Morrone no cree que *La*

edad de la inocencia se podría haber escrito hoy. “Cada una de las culturas y subculturas de la ciudad tiene su propio ‘habitus’”, dice, refiriéndose a lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu definió como aquello que cada persona es, piensa y actúa, en relación al mundo social que habita. “¡Tal vez, una *Edad de la inocencia* actualizada podría establecerse entre los Hasidim —la comunidad judía ultraortodoxa— de Brooklyn!”, agrega Morrone, y entonces recuerda los motivos de Scorsese al filmar *La edad de la inocencia*: “Scorsese sintió que podía entender los códigos y rituales de la antigua alta sociedad de Nueva York porque los había observado en los códigos y rituales de su propio mundo: el mundo ‘italoamericano’, el mundo de la mafia”. ■